

la ventaja de su posición, hizo empeñar la refriega por la caballería. Los Macedonios la hicieron frente, y después de una larga pelea la expulsaron del campo. Mientras tanto Darío dió el impulso á sus carros; pero los arqueros matando á los caballos y los guías les hicieron quedar inmóviles, ó los dejaron pasar entre los intersticios de la falange. Mazeo, que mandaba la derecha de los Persas, hizo avanzar á los Armenios y Medos para envolver la izquierda de Alejandro, á los cuales Parmenion opuso los Griegos mercenarios y la infantería ligera; pero no pudiendo resistir á tan fiero choque, se colocaron detrás de la línea de los Tesalos.

La caballería, mezclada con la infantería de Darío, viendo á los Escitas y Persas de las alas perseguidos acaloradamente por los Griegos, salieron á socorrerles, dejando vacíos en las líneas que los generales no tuvieron tiempo de llenar. Alejandro se apresuró á formar en columna las compañías reales y meterse en los vacíos atacando por los flancos á la infantería, mientras los caballos le atacaban de frente; por lo que introdujo allí el desorden, y aunque los Griegos mercenarios tuvieron firmeza, Darío montó á caballo para huir.

Los Persas rechazados de la izquierda á la derecha se impulsaron alternativamente hácia el centro, hasta que la multitud impidió á la falange que pudiese avanzar. Mientras que Alejandro con la derecha penetraba al través de los enemigos, la izquierda quedaba inmóvil dejando un espacio en medio del cuerpo de batalla. Cortados los Persas en la fuga por los escuadrones de Alejandro, buscaron su salvación por aquel vacío, de modo que muchos cuerpos se empujaron hasta más allá de la segunda línea de los Macedonios. Si los Persas se hubiesen dirigido á tomar las espaldas de Parmenion, mientras tenía de frente porciones de la infantería, ciertamente hubiera sucumbido mientras que Alejandro triunfaba. Le salvó el haberse arrojado los Persas á saquear el campo; y entónces comprendiendo que Alejandro había vencido, mandó un pequeño cuerpo á dispersar á los fugitivos, y así se ganó totalmente aquella jornada (1).

Eminente ejemplo del poder de la táctica, donde el mérito principal estaba en la caballería que hasta entónces en casi ningún pueblo había rayado tan alto. El orden oblicuo predilecto de Alejandro fué allí también puesto en práctica, disponiendo una segunda línea para asegurar las espaldas y los flancos; y cuando el enemigo hubiese rechazado la caballería que le protegía, debía abrirse del centro hácia las alas como las hojas de una puerta y formar un paralelogramo capaz de resistir á cualquier golpe de los Persas. Admirablemente dispuestas tenía la caballería y la infantería, de modo que pudiese formar en columna y entrar en los intervalos de la línea enemiga, para replegarla

1) LISKENNE, y SAUVAN, *Bibl. historique militaire*.

combatiéndola de la derecha al centro. Los Persas invadieron su campo y no supieron resistir al atractivo de las inmensas riquezas que allí se encontraron; Alejandro se las abandonó, sin cuidarse de ellas, y esta fué su salvación.

Aseguran los prácticos que ni aun con nuestra artillería ocurriría variar nada en cuanto al orden de batalla. Estaba como hoy dividida aquella tropa, en pesada con lanza aguda, espada y dardo; y ligera con pica corta, arco y hacha: además había la tropa intermedia, ideada por Alejandro, que se trasladaba á caballo de un punto á otro, y apenas llegaba se apeaba para combatir á pié, al modo que nuestros dragones.

Aquí los soldados de Alejandro no tuvieron que hacer más que seguir adelante, y lo hicieron con marchas tan veloces que nos vemos precisados á creer exagerados á los historiadores. Habiendo avanzado hasta el Idáspes, gran río, y protegido por Poro, rey de las Indias, llegó á pasarlo, venció al enemigo y ya no tuvo necesidad de más batallas: si bien maravillan estas espléndidas victorias, fuerza es confesar que no fué preciso mucho arte, siendo muy inferior la pericia de las tropas persas, compuestas de Bárbaros allegadizos ó esclavos tímidos; pero lo mismo hubiera sido si se hubiese dirigido contra enemigos más disciplinados, como lo demuestra el valor de sus generales, manifestado en las empresas con que se disputaron entre sí los restos de aquel imperio tan rápidamente fundado por él: Antígono, Euménes, Antipatro, Tolomeo... sostuvieron algún tiempo el equilibrio entre sí.

§ 11. LOS ELEFANTES Y LOS CAMELLOS.

En las guerras de Alejandro con Darío aparecen por primera vez en la historia los elefantes, como máquinas de guerra (1), y ciertamente desde muy antiguo se debieron valer de ellos los Indios, en cuyo país abundan estos animales; pero con los ejércitos europeos no sabemos que se hallasen antes de la batalla de Arbela, en la que Darío llevaba quince. Desde entónces fueron empleados principalmente por los sucesores de Alejandro, con los cuales principia la era militar de los elefantes, que duró hasta la caída de la República romana. En general solo servían para las batallas los de la India, reservándose los de África para los espectáculos.

Á Italia fueron llevados primeramente por Pirro; los Cartagineses se valieron de ellos muchas veces contra los Romanos; pero si unas veces fueron auxiliados por ellos, otras les debieron su derrota. En la batalla de Túnez quedaron ciento cuatro prisioneros en poder de los Romanos. Anibal, que llevó sesenta de España

(1) ARMANDI, *Histoire militaire des éléphants depuis les temps les plus reculés jusqu'à l'introduction des armes à feu*. Paris, 1843. Por incidencia suministra muchas aclaraciones sobre las más célebres batallas de los antiguos.

á Italia, contaba treinta y siete el atravesar el Ródano, pero tal vez solo uno sobrevivía cuando atrevesó la laguna de la Etruria. Sabida la noticia de la victoria de Cánas, Cartago decretó un socorro de cuatro mil caballeros numidas y cuarenta elefantes, que se perdieron en las batallas sucesivas. Anibal disponía de ochenta en la batalla de Zama; después la vencida Cartago se obligó á dar á Roma todos los que le quedaban. En la batalla de Tapso, César se apoderó de los sesenta y cuatro que llevaban sus enemigos y fué la última vez que figuraron en las batallas antiguas, y no volvieron á reaparecer hasta las guerras de los Sasanidas en su país nativo.

Los elefantes estaban adiestrados en la pelea y la matanza. El principal servicio que hacían era desordenar las filas enemigas, y si consideramos estos animales del peso de diez á doce mil libras, como son los de la India, sostenidos por su enorme fuerza muscular y por la excitación de su cólera, comprenderemos el efecto que debían producir, y especialmente respecto de los caballos, que al verlos se espantaban.

Puede decirse que hacían en cierto modo el oficio de nuestra artillería, y Eliano nos describe su distribución en batalla de este modo: *zoarquia*, unidad elemental; *therarquia*, media sección de dos elefantes; *epiterarquia*, sección de cuatro; *ilarquia*, subdivisión de ocho; *elefantarquia*, división de diez y seis; *ceratarquia*, media falange de treinta y dos; *falange* de sesenta y cuatro.

Cada elefante tenía un nombre y un conductor propio que montaba sobre su cuello, y le dirigía con un aguijón de hierro. El animal se adornaba caprichosamente, se le pintaba y á veces se cubría de hierro su cabeza y pecho; en los colmillos se le ponían puntas de acero, para que sus golpes fuesen más mortales, y antes de la batalla se les daban licores y drogas. Sobre su espalda se colocaba una especie de torre con cuatro ó seis hombres; pero no tantos como algunos han escrito.

Tampoco se olvidan hoy los elefantes en las guerras de Asia; pero sirven casi exclusivamente para trasportar municiones, armas ó tiendas, ó para la pomposa comparsa de los generales. Víctor Jacquemont, viajero francés, en 1831 encontró en Bengala á lord Rentink, gobernador general de la India, que iba visitando el país, con su equipaje conducido por mil trescientos camellos, ochocientos carros y ciento tres elefantes.

También el camello, tan manso como es, figuró algunas veces en los campos de batalla. Se escogían los de una sola jiba, y sin creer que Semíramis reunió cien mil para sus expediciones, en los que iban montados guerreros con espadas de cuatro codos de largas, según dice Ctesias, no admite duda que Ciro llevó camellos á la batalla de Timbrea y que en cada uno iban montados dos Arabes espalda con espalda. Muchos llevó Jérges á Grecia montados por ocho

lanceros; los Romanos los hallaron entre la tropa de Antíoco en Magnesia, las de Mitrídate y los Partos; los cruzados entre sus enemigos, y hasta en las últimas guerras los llevaban los Persas armados con pequeñas piezas de artillería. Sirvieron sobre todo para trasportar rápidamente las tropas al través de los desiertos. En 1799 los Franceses se valieron de ellos en Egipto, donde Buonaparte organizó un regimiento de dromedarios, cada uno montado por dos hombres espalda con espalda.

§ 12. DECADENCIA DEL ARTE ENTRE LOS GRIEGOS.

No tardaron los Griegos en hallarse al frente de un pueblo que aprovechó sus experimentos, uniéndoles una constancia personal inalterable y que progresaba paso á paso á medida que los Griegos decaían. Cuando estos degenerados atribuían á la fortuna ó á la fatalidad la ruina de su patria, Polibio trató de demostrar que la culpa estaba en la organización de la falange, inferior á la de la legión, en haber abandonado las antiguas máximas, y en que hubiese algunos hombres viles que sacrificaban el bien de la patria al particular.

Llamóse á Filopémenes el último de los Griegos. Observaba continuamente, no solo en las marchas, sino hasta en los paseos militares, los accidentes del terreno y las figuras que las masas se ven obligadas á tomar al frente de los arroyos, despeñaderos y valles. Encontró de este modo, cuán convenientes eran los cambios introducidos por Pirro en la falange, y por esto en las batallas contra Macanidas, tirano de Esparta, dispuso las dos líneas formando escaques, de modo que si el enemigo le atacaba de frente, la segunda línea llenaba los intervalos de la primera; si por una ala, la reforzaba con la segunda línea. Mantinea fué también su campo de batalla. Macanidas se había preparado con muchas balistas y catapultas; pero se vió cuán pocas ventajas ofrecían, porque obligaban á la falange á quedar inmóvil para no impedir su acción, y Filopémenes con sus arqueros pronto las desmontó. Sin embargo, la batalla hubiera sido ganada por Macanidas, si este, en vez de seguir la persecución del ala derrotada, se hubiese vuelto contra la que quedaba; no lo hizo, y Filopémenes se aprovechó de ello para arrebatárle la victoria con las más bellas evoluciones que hasta entónces se habían visto.

§ 13. LOS HEBREOS.

Nos parecería una falta si omitiéramos las órdenes del código más antiguo relativamente á la guerra. Entre los Hebreos todos los ciudadanos eran soldados desde los veinte años en adelante (1); pero cualquiera que hubiera edificado una casa y no la hubiese habitado toda-

(1) *Núm.*, I, 3; XXVI, 2.

vía; plantado una viña y no hubiese recogido aun sus frutos; ó tomado mujer y no la hubiese conocido, estaba dispensado por aquel año del servicio (1).

Para que la limpieza conservase la salud en el campamento, no se desdenó el legislador de descender á particularidades importantes en climas cálidos; mandó no deponer el peso del vientre mas que fuera del campo, cubrirlo con tierra, como lo hacen todavía los musulmanes, etc. Y no solo trataba de desterrar todo desorden, sino que hasta las impurezas involuntarias eran casos de purificación; y el hombre que se había contaminado de algun modo debía estar todo el día fuera del campo. « Evita todo acto malo... porque tu eterno Dios habita en tus campos para librarte de tus enemigos. Sea, pues, santo tu campo, sin que el Eterno descubra en él ninguna impureza, no sea que ofendido por ella te abandone (2). »

Marchando por territorios de conciudadanos ó aliados, no se podía causar daño. « Sigue los caminos, sin atravesar campos, ni viñas; compra con dinero cuanto necesites y págalo todo, hasta el agua que bebas (3). No entres en país enemigo sin instrucciones y guías y sin conocer el carácter del enemigo, la naturaleza del suelo, las ventajas que de él se puedan sacar, cuán numerosos sean sus habitantes y cómo están fortificadas sus ciudades. »

Aproximándose el ataque se decía: « Quien tenga el corazón tímido ó cobarde, retírese; » y éstos se empleaban en los servicios mecánicos, en los bagajes y en barrer los caminos. Los sacerdotes animaban á los combatientes recordando las promesas del Señor: « Escucha, Israel: vas á atacar á tus enemigos; marcha contra ellos con toda confianza; no te asuste su número, porque tu eterno Dios está contigo para combatirlos (4). » La alegría de la victoria se templaba por la consideración de haber muerto hombres, y no se podía comparecer « en el campo del Eterno » ántes de haber consumido un día en purificarse.

Estaba prohibido declarar la guerra por capricho, ambición ó por espíritu de conquista, sino solo para defenderse de los invasores y obtener satisfacción de las ofensas, y aun en tales casos, se prohibía cortar los árboles frutales mas de lo que fuese necesario (5). Si se tenía que sitiar una ciudad, se principiaba ofreciendo la paz á sus habitantes; si la aceptaban, se abrían las puertas y se reducían á tributarios y súbditos: si rehusaban y persistían en defenderse y la ciudad era tomada á discreción, se podían pasar á cuchillo todos los hombres, que quiere decir todos los armados (6). Los prisioneros no quedaban al arbitrio del

(1) Deut., XX, 5 y siguientes.

(2) Deut., XXIII, 10 y siguientes.

(3) Ib., II, 27.

(4) Ib., XX, 3 y 6.

(5) Ib., XX, 10.

(6) Ib., XX, 10 y siguientes.

vencedor, y « si hicieres una prisionera que agrade á tu corazón y quisieres desposarte con ella, la llevarás á tu casa y allí vestida de luto y el cabello cortado, llore un mes á su padre y á su madre: entonces la llevarás á tu lecho y serás su marido y ella tu mujer; y cuando la cautiva ya no te plazca, la volverás á su casa á su voluntad; pero no podrás venderla ó hacer tráfico con ella, porque la tienes humillada (1). »

§ 14. ARTE MILITAR ENTRE LOS ROMANOS.

Legion primitiva.

Así como la falange griega, salió de los órdenes ciudadanos la cohorte romana. Los ciudadanos estaban divididos en tribus, la tribu en diez centurias y cada una de estas en otras tantas decurias bajo las órdenes de un tribuno, un centurion, un decurion.

Las primeras guerras de los Romanos no pudieron proporcionarles grandes perfeccionamientos; pero siempre tuvieron el buen sentido de adoptar lo mejor que encontraban en sus enemigos. Todo se reducía todavía á la táctica en la que valía muchísimo el valor personal, por el cual sobrepujaron á sus enemigos y se dirigieron contra Pirro. En las guerras con este usaban ya órdenes de batalla muy bien entendidos, movimientos combinados, oportuna elección de posiciones, juicioso empleo de las reservas; y de él aprendieron á formar el campamento. Anibal, por el contrario, fué un combatiente obstinado, que por muchos años dirigió los ataques segun un sistema establecido y sin interrupción, por lo que pudieron y debieron refinar sus instituciones militares y conocer así sus propias fuerzas.

El punto en que se hallaba el arte en aquel tiempo se nos ha descrito por Polibio, curioso observador, que conociendo también la formación griega, pudo establecer comparaciones, y que como extranjero no omitía por sabidas muchísimas particularidades, como acostumbraron los nacionales. Oigamos la disposición militar de los Romanos descrita por él (2).

« Hecha la distribución y elección de los tribunos de modo que todas las legiones tengan igual número de comandantes, separados uno de otro, siguen segun sus respectivas legiones y sacan á la suerte las tribus una á una y llaman aquella que les ha tocado. Eligen de ella cuatro jóvenes, iguales poco mas ó menos en edad y corpulencia. Reunidos, los primeros tribunos hacen la elección de la primera legion, los segundos de la segunda, los terceros de la tercera, y los últimos de la cuarta. Sacados otros cuatro, hacen la elección, los primeros de los de la segunda legion y así sucesivamente, y los últimos eligen los de la primera. Despues

(1) Deut., XXI, 11 y sig. — El mejor informe que tenemos es el de SALVADOR, *Hist. des institutions de Moise*, I, VI, c. 3.

(2) *Fragm.*, lib. VI.

se sacan otros cuatro, y los primeros reclutan los de la tercera legion, siendo los últimos los de la segunda; así siguiendo el giro de la elección de esta legion, toman para cada legion hombres de la misma talla. Elegido el número propuesto, esto es, cuatro mil doscientos infantes para cada legion, y hasta cinco mil cuando el peligro es mayor, se acostumbraba antiguamente á elegir por último los caballeros despues de los cuatro mil doscientos infantes; entonces el censor principia la elección segun el censo, y se forman trescientos por legion.

« Acabada la conscripción, los tribunos reúnen á los elegidos de las legiones respectivas y les reciben este juramento: *Obedeceré á mis superiores y cumpliré sus mandatos segun me sea posible*. Todos los demas uno á uno vienen delante de ellos y juran lo mismo. Al mismo tiempo los cónsules avisan á los magistrados de las ciudades aliadas de Italia que quieran militar con ellos, añadiendo el número, el día y el lugar en que deben presentarse. Las ciudades, hecha la elección y prestado el juramento, envían á los suyos, añadiendo un comandante y un cajero. En Roma los tribunos despues del juramento fijan un día á cada legion y un lugar en el cual deben presentarse sin armas, y los despiden. Reunidos en el día prefijado, eligen los mas jóvenes y pobres para *velites*, los que siguen á estos para *astados*, la juventud mas florida para *principes*, y los mas viejos para *triarios*: tales son entre los Romanos las diferencias en los nombres, edades y armaduras en cada legion. Los triarios son seiscientos; los principes mil doscientos; otros tantos los astados, y los demas y mas jóvenes lanceros. Cuando hay mas de cuatro mil, los distribuyen en la misma proporción, excepto los triarios: les mandan llevar espada, lanza y la tablachina, escudo ligero, sólido, suficiente, para resguardar la persona, redondo y del diámetro de tres pies; á la cabeza un yelmo sin cimera, cubierto á veces de piel de lobo ó de cosa semejante para defensa y distintivo. El dardo de los *velites* tiene comunmente el asta dos codos de largo y un dedo de grueso; el hierro un palmo de largo y tan sutil y afilado que necesariamente se dobla despues de arrojarle por primera vez y no puede volverse á lanzar por los enemigos á fin de que no llegue á ser una flecha recíproca.

« Á los de segunda edad, llamados *astados*, les mandan llevar la armadura entera, esto es, escudo convexo de dos pies y medio de ancho y cuatro de largo, formado de dos tablas unidas con cola vacuna; la superficie superior estaba envuelta con lienzo y despues con cuero de ternera; en las partes superiores é inferiores de la circunferencia tiene una plancha de hierro para defenderlo del corte y apoyarlo en tierra sin que se estropee. También tiene en el centro una prominencia de hierro que lo salva de los golpes violentos de las piedras, lanzas ú otras armas arrojadas. Con el escudo llevan sobre

el muslo derecho la espada, que llaman *espanola*, con excelente punta y buen filo en ambas partes, con fuerte y sólida hoja. Se agregan dos venablos, yelmos de bronce y botas. Los venablos son: parte de ellos gruesos, unos redondos del diámetro de un palmo, otros cuadrados de la misma medida por cada lado, y parte delgados como lanzas medianas de cazar jabalíes. El asta de todos tiene tres codos de largo. Cada uno lleva un dardo corvo de hierro, igual en longitud al mango, cuya ligadura aseguran tan sólidamente que, al emplearlo, ántes que soltarse el nudo se rompe el hierro, aunque en el fondo y donde se halla unido al mango es dedo y medio de grueso. Adornan el yelmo con un penacho y tres plumas rectas, purpúreas ó negras, de un codo de largas, con las cuales el hombre aparece el doble, de aspecto hermoso y espantoso para sus adversarios. Los mas se ponen sobre el pecho una lámina de bronce que tiene doce dedos por todos lados, llamada *guardacorazon*, y así completan la armadura. Los que constan en el censo como propietarios de mas de diez mil dracmas, en vez de guardacorazones llevan corazas encorvadas. La misma forma de armadura tienen los principes y los triarios, excepto que en vez de venablos los triarios llevan lanzas.

« De cada género, excepto del de los mas jóvenes, eligen diez cabos de escuadra, segun su mérito; despues otros diez, de los cuales el primer elegido tiene asiento en el consejo. Estos eligen otros tantos, que están en la retaguardia. Luego con los cabos de escuadra dividen los de cada edad en diez partes, excepto los lanceros, y asignan á cada una dos conductores y dos aposentadores. Los lanceros segun su número se distribuyen igualmente entre todas las partes, y llaman á cada parte escuadra, bandera y estandarte, y á los jefes centuriones y cabos de escuadra. Estos eligen en sus respectivos estandartes los dos mas robustos y valientes para alféreces. Nombran dos conductores para cada escuadra, á fin de que el estandarte no esté un instante sin jefe y cabo. Cuando están los dos presentes, el primer elegido dirige la parte derecha del estandarte y el segundo la izquierda. Si falta uno, el que queda dirige á todos. Quieren que los centuriones sean no tan audaces y ávidos de pelear como buenos directores é impertérritos, de ánimo elevado, no para atacar al enemigo intacto ó para combatir, sino también para que vencidos y oprimidos, no cedan, ántes mueran en su sitio.

« Del mismo modo dividen la caballería en diez escuadrones y sacan de cada uno tres jefes, los cuales por sí nombran tres aposentadores. El primer elegido manda el escuadron y lo dirige; los otros dos hacen el oficio de jefes de diez, y se llaman decuriones. Faltando el primero, el segundo hace de jefe de escuadron. La armadura de los caballeros es ahora semejante á la de los Griegos. Antiguamente no tenían